

EL HONOR DE LA ARMADA EN LA CRISIS DEL 98

José CERVERA PERY
General Auditor
Director de la *Revista de Historia Naval*

Esta conferencia del general auditor José Cervera Pery, se dictó por vez primera en el seminario del Instituto de Historia y Cultura Naval «Aspectos navales en relación con la crisis de Cuba (1875-1898)» y fue pronunciada en Madrid el día 28 de abril de 1997. Por el extraordinario interés que en aquella ocasión despertó y con el fin de que tuviera un mayor conocimiento y una más amplia difusión, se incluyó en el seminario celebrado en San Fernando «La crisis española del 98: aspectos navales y sociológicos» e igualmente pronunciada el 14 de mayo último.

Se respeta, por tanto, el texto íntegro, si bien con la salvedad de que sus palabras introductorias fueron las adecuadas a cada circunstancia y lugar.

Supone para mí un inmerecido honor y al mismo tiempo una grave responsabilidad, cerrar con mis palabras este ciclo de conferencias sobre los aspectos navales en relación con la crisis de Cuba (1895-1898). Durante dos semanas, la bandera ha estado alzada y bajo sus pliegues se han concertado aspectos históricos, económicos, políticos y estratégicos del conflicto, en lecciones bien meditadas, que mis ilustres predecesores en esta tribuna desarrollaron con rigor y solvencia, con autoridad y acierto. Toca arriarla ahora desde los parámetros del honor y de la dignidad que fueron factores determinantes y bazas esenciales de la acción y aportación de los hombres de la Armada española a lo largo y a lo ancho de toda aquella desdichada confrontación.

De todas las definiciones del honor que se han dado, me quedo con dos como ajuste de exactitud y de certeza aplicable a las circunstancias que nos ocupan: «cualidad que impulsa al hombre a conducirse con arreglo a las más elevadas normas morales», y «fama, respeto y buena reputación, que se adquiere por la práctica de la virtud de acciones heroicas»; porque honor es también heroísmo, sacrificio, obediencia, cumplimiento del deber, lealtad, bizarría... partes todas ellas de un todo que agrupa y aglutina las más excelsas virtudes castrenses o cívicas. Y sin embargo este Honor con

mayúscula, con nombres y apellidos propios, en hechos y actitudes, estuvo mucho tiempo en entredicho—y se advirtió en las airadas reacciones que siguieron a la consumación del desastre— más por ignorancia que por maldad en el pueblo engañado, pero más también por la insidia y el rencor de quienes tenían la obligación de hacerla valer en el Parlamento o en la prensa. Algo tendremos que hablar de ello.

El proceso de cicatrización de las heridas del 98 supondría para España una difícil y larga convalecencia. No es preciso hacer historia. El 98 en la calle, en el Parlamento, en la prensa, en los medios intelectuales, hizo correr la tinta a raudales y produjo indignación y estupor. La autoflagelación intelectual, el rigor de la crítica, la exigencia de la contemplación, alcanzaron muy altas cotas de severidad. El «no me toque Vd. la Marina», será un triste latiguillo manejado con la inconsciencia que sigue al desconocimiento. Maltratada, zaherida, injustamente infravalorada, tras la forzada abdicación del absurdo triunfalismo de la pre-guerra, la Institución—hombres ya que no barcos— va a soportar una dura cuarentena de amargas ingratitudes, de crueles admoniciones. En ella se compendian y resumen todos los desencantos de la época.

Ha escrito Tuñón de Lara, que cuando cronológicamente comenzó el siglo XX, España se hallaba en una encrucijada dramática de su destino, en una exacerbada pugna entre el pasado y el porvenir. Este peregrinaje va a condicionarla en sus constantes sociopolíticas, en su andadura económica, en su trayectoria cultural, y Tussel va más lejos cuando afirma que al alborear el siglo XX era una nación geográficamente europea que por sus peculiares coincidencias, desde ópticas muy diferentes cuando encaran la realidad de España.

De todos los cuerpos de la nación, serán Ejército y Marina los más afectados por el desastre y no por haber sido sus miembros los únicos que lo habían sentido en sus propias carnes, sino por los gravísimos problemas de adaptación y recuperación que presentaba. Tras lo de Cuba y Filipinas—escribe Bordejé— España ha perdido toda fe y toda esperanza en el porvenir; pero ¿qué España? Por seguir en este desolado itinerario, recordemos las frases del escritor anarquista Abad de Santillán: «Más que España—subraya— entran en el siglo XX varias Españas desconocidas entre sí, en pugnas, insolidarias con premiante hostilidad. Un campo de Agramante o la paz de un cementerio». Evidentemente, confirmando la opinión de lord Salisbury, España es el gran enfermo de occidente.

¿Cómo pudo pasarse del orto del esperanzado optimismo, al ocaso flagrante de la desilusión en un casi abrir y cerrar de ojos sobre el calendario? Muchas y no pocas razonables explicaciones podrían darse, aunque ellas pertenezcan más al campo de la Sociología que al de la Historia. Por ello no vamos a caer en la ingenua trampa del análisis sobre si era insensatez, ineptitud, inconsciencia o mala fe, la característica más acusada de quienes gobernaban el país en aquellos trágicos momentos; pero mientras frases retóricas, discursos grandilocuentes o acusaciones punzantes, afloraban en Congreso y Senado, los barcos españoles caían fulminados por la mayor potencia y poderío de los norteamericanos. El David del honor, como único recurso, vencido por el Goliath del poder, porque la elocuente desproporción de fuerzas, hacían invariable cualquier otro resultado.

No deja de ser irónicamente original la teoría mantenida por algunos políticos de la época de que el desastre «imponiendo la ley de la necesidad obligaría al pueblo a la resignación y ante el descabellado razonamiento no dudan en sacrificar barcos y hombres, para que sólo quede el honor como humilde moneda de cambio». Lo ha señalado con acierto Raymond Carr cuando afirma que «el almirante Cervera sabía que su escuadra sería derrotada si se le ordenaba ir a las Antillas». Su advertencia fue rechazada por el Gobierno con un comité de almirantes incapaces de afrontar una confesión de impotencia y una paz inmediata. Los jefes de Cervera afirmaron más tarde «por su honor y en conciencia, su convencimiento de que el Gobierno de Madrid estaba decidido a que la flota fuese destruida lo antes posible para hallar un medio de llegar rápidamente a la paz». Es decir el sacrificio pactado de hombres y barcos para soluciones políticas poco menos que vergonzantes.

Por ello hieren y fustigan las palabras del capitán de navío Concas, Comandante del *María Teresa* en la defensa del almirante Montojo ante el consejo de guerra que le juzgó. «Siempre se ha dicho ¡Ay de los vencidos!, pero ahora hay que añadir: ¡Ay de aquellos a quienes se envían para que sean vencidos!, pues por muchos que mueran en la contienda, siempre parecerán pocos para cubrir las faltas ajenas y la traición a la patria, porque es traición llevar al país a la ruina y a la pérdida de diez millones de habitantes invocando romanticismos y leyendas que los hombres políticos tienen el deber de saber que no son verdad, que no han sido nunca verdades de guerra, y que las naciones que han apelado a este triste recurso han acabado por desaparecer del mapa».

Razón y honor serán las principales babas que desde la óptica patrioter, o patriota si se quiere, a los acordes de la marcha de Cádiz, se ponían en juego en el conflicto, pero era indudable que con razón y honor, tan invocados por la musa popular, no se daban a los marinos barcos ni a los barcos cañones, aunque se contribuyera a despistar al hombre de la calle, inclinado a creer en su más elemental patriotismo que bastaba con la bravura a pecho descubierto para que el soldado español recogiera de un día para otro los laureles de la victoria (Fernández Almagro).

Pero hay más. Cuando en 1884 el Gobierno pidió a las Cortes el crédito necesario para la construcción de la escuadra que habría de sucumbir en Santiago, Maura, al que no puede negársele su afecto a la Marina y que formaba parte de la comisión encargada de dictaminar el proyecto declaró que la escuadra era necesaria, pero constituía un caso de conciencia pedir a la nación aquel sacrificio sin la previa reforma de la administración de Marina, porque toda España sabía que el dinero de la Marina ¡y qué culpa tenían los marinos de ello! se empleaba mal, y se hacía cualquier cosa —paseos públicos o jardines— menos barcos. Después —y no lo digo por Maura precisamente— era relativamente fácil echar la culpa a los marinos del poco partido que a los pocos barcos podía sacárseles.

La leyenda de la incapacidad marítima del adversario, tan estúpidamente remachada y el desprecio a su potencia naval apoyando sus tesis en imaginarias y absurdas estadísticas comparativas de las dos flotas, sazonzando las fantásticas cifras de barcos y cañones con desatinados comentarios, convencieron a los engañados de los inminentes favores de la victoria. En un folleto publicado en 1898 por el Depósito de Guerra

y titulado *El poder militar y naval de los Estados Unidos*, se decían frases tan ingenuas como éstas: «Adolece su Marina de un defecto gravísimo, y es la deficiencia de personal, ya que sus fuerzas navales carecen de disciplina», y de nuevo Concas en su libro *Ante la Opinión y la Historia* reproduce las declaraciones de un ex-ministro silenciado por decoro en la voz de su autor (pero que no era otro que el almirante Beránger), que se permitía estas peregrinas manifestaciones: «Venceremos por mar y voy a exponer mis razones. Es la primera de ellas la envidiable disciplina que reina en nuestros buques de guerra, y la segunda que cuando se rompa el fuego, a bordo de los barcos enemigos se iniciará la dispersión, pues todos sabemos que entre sus tripulantes los hay de todas las naciones». Increíble pero cierto. Claro es que Beránger, como otros muchos, se cuidó cumplidamente de ver los toros desde la barrera.

En contrapartida a tanta insensatez, no una sino repetidas veces, con toda la autoridad que otorga el conocimiento de la situación y la auténtica valoración de los recursos de que se disponen, el almirante Cervera refiriéndose a la inevitable guerra naval contra los Estados Unidos la había profetizado como un nuevo Trafalgar. No se tuvieron en cuenta sus previsiones y sus recomendaciones, ni mucho menos sus razonables peticiones, y el sacrificio de hombres y barcos resultó tan heroico como estéril. Con el honor a salvo desde luego pagado a un buen precio de sangre y fuego, pero ello no será suficiente para la depuración de unas responsabilidades que fueron en el Parlamento simple humo de pajas. El capítulo de Santiago es el cierre de un penoso libro de errores y desaciertos que niega toda contemplación a la esperanza. La sobriedad del lenguaje castrense en el parte que rinde Cervera, que a su vez recoge los que le rindieron todos sus subordinados, evita cualquier comentario intercalado, y yo me atrevería a aconsejar su lectura y su meditación. Los americanos en cambio al redactar sus informes lo hicieron con el alegre desenfado, propio de una victoria que había surgido casi en un ejercicio de adiestramiento. Los españoles con el hondo pesar de una derrota que no habían buscado.

Sale fuera del tema, y además rebasaría el tiempo concedido a esta conferencia, el análisis de las distintas reacciones, la popular, la política o parlamentaria y la intelectual, a las consecuencias del desastre que tuvieron durante algún tiempo en el lazareto de los apestados, sobre todo en la imagen descorazonadora del repatriado, con su traje de rayadillo, famélico y enfermo con fiebre en los ojos y sobre el corazón y a los que la equivocada sociedad española trató duramente. Numerosísimos son los relatos de la dura lucha de estos hombres en la manigua y en los espacios abiertos, frente a la hostilidad del ambiente y la crueldad del enemigo. Tampoco tendrían más suerte los prisioneros navales que tras su liberación llegaban como escondidos a los puertos del norte, huérfanos de toda bienvenida oficial. Es la ley de la ingratitud. La reacción popular después de las expectativas triunfalistas, había pasado de una rotunda indignación expresada con mal talante, a una aparente indiferencia. Sorprendida y confusa ante los rumores y exaltada ante la confirmación de la noticia después, los cronistas de la época han dejado una imagen pintoresca de los hechos al confirmarse los desastres navales de Cavite y Santiago. Con respecto al primero, en Madrid había habido toros y ya por los tendidos comenzó a rumorearse la noticia. La gente que con malhumor

bajaba de la plaza pues la corrida había sido muy mala, se mezcló con grupos exaltados que daban vivas a Weyler y mueras a Sagasta y a Moret. La decepción fue terrible. ¿Cómo podían los yanquis haber destruido la escuadra de Montojo, a la que la prensa más importante del país no había dejado de colmar de elogios? ¿Qué clase de armas habían empleado los «tocineros» para consumir la hazaña? Dos meses más tarde, tras «lo de Santiago» se habrían de repetir las protestas, pero sin aquellas manifestaciones indignadas que acompañaron a lo de Cavite. Llovía ya sobre mojado y el españolito de a pie de habían acostumbrado indirectamente a un resignado fatalismo. Un cronista de *Blanco y Negro*, José de Roure, lo resume en estas frases: «¿Cómo ha recibido Madrid tan espantosa nueva? Enmudeciendo: No han sonado voces de protestas, gritos de ira ni siquiera lamentos de dolor. Un silencio trágico ha sucedido por lo menos hasta el instante en que trazo estas líneas, al golpe brutal de tan infausta nueva. ¡Como si nos hubiera caído un rayo!».

La musa popular tan ingenuamente eufórica en primavera también se desinfló en otoño. Como corrección de aquellos versos en que alardeaba de no haber oro ni sangre para comprar o vender la bandera, Ramos Carrión sentenciaba: «Hoy desmayada y triste, con humildad se pliega amarilla de rabia y roja de vergüenza».

Algo habrá que hablarse también de la reacción y política y parlamentaria, porque en ella y desde ella se atacó equivocada o injustamente el honor de los marinos y hasta se puso en entredicho ¡y hay que asombrarse! su valor en el combate. El norteamericano Ensoř Chadwik que vivió los acontecimientos fue terminante en sus apreciaciones: «Podrá discutirse la táctica, pero el valor que los marinos españoles empeñaron en el combate está fuera de toda discusión».

La primera vez que se emplea en el Parlamento la palabra «desastre» que después va a crear escuela, es el tres de mayo –dos días más tarde de lo de Cavite– y la utiliza el republicano Salmerón para referirse al combate en el que Dewey echó a pique a los barcos de Montojo. Después vendrían también algunos piropos a Mac Kinley, «ese César de guardarropía que quiere convertir la yarda o vara de medir en cetro». Pero lógicamente y de inmediato el debate tendría que centrarse sobre la Marina y saldrían a relucir desde los cómodos butacones del Congreso el tema de las responsabilidades y los desaciertos. Sagasta se opondría a la discusión pero no tardaría en ser arrollado por tirios y troyanos. Canalejas señalaba que la escuadra americana había sido construida con un esfuerzo que también hubiese sido adquirible para nosotros, y Llorens ponía de relieve que nuestro presupuesto nos habría permitido construir una escuadra del corte de la italiana, si el derroche no hubiese sido la masa de la Administración, remachando lo que Maura había dicho bastantes años antes, que el dinero de la Marina servía para hacer cualquier cosa menos barcos.

Sagasta –menudo embolado el suyo– capeaba habilidosamente el temporal queriendo excusarse con «la fatalidad» o cargando el sambenito al decaimiento de los espíritus, pero como ha dicho García Escudero «no era el pueblo ni la monarquía quienes los habían conducido a aquella situación; era una clase gobernante, retórica y vacua, tan amiga de las explicaciones como reacia a obrar». Y mientras, Romero Robledo que iba a ser tantas veces la voz cantante de la discordia, lanzaba soflamas

patriotas a destiempo, en el Congreso se presentaba Sagasta con un nuevo Gabinete, como obligadas consecuencias de lo de Cavite.

En las discusiones parlamentarias, a veces tan apasionadas como inconsecuentes, cada diputado o facción de grupo trataba de arrimar el ascua a su sardina. No había aún diputados socialistas en el Congreso, pero fuera de las Cortes el joven partido del tipógrafo Pablo Iglesias, se dejaba sentir. Atacaba duramente a la guerra en sus cimientos y sobre todo el injusto sistema de redención de los soldados de cuota. Sus palabras calaban también hondos en los medios sociales «los que sucumben en Filipinas –clamaba– los que mueren en Cuba, son proletarios y solamente proletarios, pues sabéis muy bien que los ricos, aunque hablen mucho de patriotismo y de honor nacional, han tenido especial cuidado en eximir a sus hijos del servicio militar por un puñado de pesetas». Y más adelante añadía: «Pocas, muy pocas familias de condición obrera habrán que no vistan hoy de luto por la pérdida de un ser querido o deploren la muerte de un amigo». La razón la tenía a medias pues también jóvenes oficiales de clases acomodadas rendían el tributo del sacrificio a la patria.

En idéntico sentido se expresa Pí y Margall desde su escaño del Congreso o con la pluma del periódico republicano *El nuevo régimen*, pero este eco sonaba más atenuado que la propaganda socialista mucho más agresiva y desde luego más directa.

Esperase el Gobierno la victoria, lo que cuesta trabajo creer –o no–, lo cierto es que apenas reaccionó ante la cruenta inmolación a la disciplina de la escuadra de Cervera. Según la referencia del consejo de Ministros celebrado tan pronto como llegaron las primeras noticias, «los ministros convinieron en aguardar a ver el efecto que causaba el suceso en la Península, La Habana y Puerto Rico», y a la salida Sagasta explicó a los periodistas los propósitos de continuar la guerra hasta lo último. Pero, ¿no se estaba ya en lo último? Los hechos demostrarían al poco tiempo que era así.

Las primeras acusaciones de marcado realismo las formuló Canalejas el nueve de septiembre, al reunirse de nuevo las Cortes, tras las vacaciones veraniegas, que este año no habían pasado de ser un doloroso y obligado trámite. Cervera –dijo– no debió de ir a Cuba; de ir, no fue acertado que lo hiciese con barcos de diferente andar que entorpecían la marcha, nunca a Santiago, y facilitándose el carbón cuya falta le retuvo en aquella plaza mientras pudo salir de ella; una vez bloqueado no debió de salir jamás. ¡Cuánta razón se le venía a dar al almirante! El ministro de Marina respondió que la escuadra había marchado a las Antillas por razones políticas, pues los gobernadores de Cuba y Puerto Rico no garantizaban el orden en otro caso; que no se le ordenó a Cervera por el Gobierno ir a Santiago; que si no abandonó la plaza oportunamente se debió al mal tiempo y que la salida del tres de julio no la ordenó el Gobierno. Esta defensa gubernamental fue débil, vacilante y en algunos aspectos falsa. El haber enviado a Cervera a las Antillas, pese a las fundadas y repetidas consideraciones contrarias del almirante, pesaban ahora como una losa en el ánimo del Congreso. Se reconocía, con el cúmulo de acusaciones veladas o no, la ineptitud de unos políticos que durante la guerra marcharon a remolque de los acontecimientos. Pero entonces ¿por qué fuimos a la guerra? O dicho en otros términos, ¿por qué no nos preparamos para la guerra? La pregunta aún sigue sin respuesta.

Pero los ataques más feroces y virulentos para el establecimiento de las responsabilidades, abstracción hecha de que el honor contara mucho o poco, habrían de proceder del senador conde de las Almenas que con no poca carga de demagogia en sus irritadas palabras pronunció frases tan terribles como las de «hay que arrancar de los pechos muchas cruces y subir muchas fajas desde la cintura al cuello». Almenas atacó durísimamente a Primo de Rivera, Weyler, Blanco, Linares y Cervera; insistió en que tenía que hablar y hablar muy claro y fustigó de frente al Gobierno, a los políticos y hasta los tribunales «porque aún no hemos visto a ningún general ahorcado». Los ataques de tan iracundo parlamentario hubiesen estado muy bien si antes se hubiese tomado el trabajo de procurar dar «a cada uno lo suyo» pero se lanzó a tumba abierta en sus denuestos y acusaciones sin establecer primero con serena reflexión una escala de responsabilidades. Cierto es que éstas existían y que no eran pequeñas, pero no todos los protagonistas de los tristes hechos eran responsables, ni todos los responsables lo eran en idéntica medida. Sin embargo el sentir del conde de las Almenas era también en parte un cierto reflejo del sentir de España.

Más razonable resultaban las palabras de Vázquez de Mella en el Congreso: «Aquí no responde nadie, ni los altos poderes, ni el gabinete por el medio del cual ejercen sus prerrogativas estos poderes, ni el Parlamento en último término... No le pidáis responsabilidades al poder moderador porque no la tiene; ahí está su gabinete responsable. A él debéis pedirle responsabilidad y os contestará que está apoyado por el Parlamento. Los ministros responsables dirán: «No somos nosotros los responsables, pues en el último término será el Parlamento que nos apoya».

Y continuaba el fogoso tradicionalista: «Los parlamentarios dirán: ¿pero estamos aquí nosotros por voluntad propia o somos representantes de otra voluntad que está fuera del recinto? Y entonces, ¿qué sucederá? Que la culpa, no la tendrá ni el poder moderador, ni el gabinete responsable, ni el Parlamento, sino el cuerpo electoral, el cual dirá: «Yo vivo en una sociedad de la cual no soy más que una parte integrante y respiro en su propia atmósfera; por consiguiente la responsabilidad toca en último término, ¿a quién? A la nación entera».

Y la nación entera, Parlamento o pueblo, reflejada en el espejo de su propia ignorancia o de su propia debilidad vivió su protagonismo de fin de siglo, sin sentirse siquiera protagonista.

Perdónese me esta digresión que ha resultado más amplia de lo que esperaba, pero que era necesaria si se quiere volver a retomar el hilo conductor que nos conduce al punto de partida. El festín había terminado, las órdenes del Gobierno quedaban cumplidas, la Escuadra deshecha y el prestigio de España por los suelos, aunque el honor de la Marina quedase en alto flotando por la concavidad que forman los cielos del heroísmo, en la expresión del Padre Risco. Se había combatido en la tierra—Lomas de San Juan Caney— como en la mar—bahía de Santiago— con disciplina e ímpetu, con valentía y audacia, aun a sabiendas de las desigualdades afrontadas. En la Loma de San Juan el capitán de navío Bustamante, jefe de Estado Mayor de la escuadra de operaciones se lanzó a caballo contra el enemigo cayendo gravemente herido después de arengar a las compañías de desembarco y donde un grupo de marineros de la dota-

ción del *Mercedes* queda reducido a menos de la mitad pero no abandonan sin embargo aquel puesto avanzado barrido por las ametralladoras norteamericanas. Y en el trágico balance de Santiago los hechos heroicos se inscriben con trazos de gloria en el código del honor. Es el guardiamarina Chereguini que con las dos piernas cortadas por un proyectil de cañón dice al sacerdote que lo asiste: «Muero pero no importa, la vida pierdo con gusto porque la doy por la patria». Es el alférez de navío Fajardo de la dotación del *Vizcaya* al que una granada ha seccionado el brazo izquierdo y que estoico dice a su comandante: «Me han quitado un brazo, pero no importa; aún me queda otro para servir a la Patria». Es el contra maestre José Casado de la dotación del *Colón* que salvo en la playa, al ver un hombre en el *Infanta María Teresa* pidiendo auxilio, se lanza heroicamente al agua con desprecio de balas y tiburones, y lo trae hasta la playa entre explosiones y llamaradas. «Yo no dejo morir a ese hombre» había dicho sencillamente al arrojarse al agua. Es el condestable Francisco Zaragoza que al sentirse morir pide un trozo de bandera española para expirar abrazado a ella; y en el trágico recuento, cuantas ausencias irremediables: Lazaga, Villaamil, Sola, Matos, Rodríguez, Polanco, Bárcenas... Como escribe Concas, faltaban muchos, muchísimos y todos habían pagado tributo a los errores ajenos. ¡Y todo para dar una fácil victoria al enemigo, que si tal sacrificio hubiese sido para bien de la patria aún nos pareciera poco el no haber muerto todos por su prosperidad y su grandeza!

Y sigue siendo Concas, tantas veces oportuno, el que dolido y escéptico ponga de nuevo el dedo en la llaga, cuando escribe al oficial de la Armada brasileña Raúl Tavares, autor de una memoria elogiosa de la actuación de la Marina en Cuba:

«Como soldados no hicimos más que cumplir con nuestro deber, pero doliéndonos como buenos patriotas no sólo de que el sacrificio era estéril sino completamente contrario a los intereses de España. Pero el caso ocurrido a la Escuadra española en Santiago puede repetirse en más de una nación latina en que los políticos se creen capaces de dirigirlo todo y que apoyados por una opinión pública completamente extraviada ponen a los militares en el terrible trance de desobedecer o de llevar el país a la ruina, con la evidencia de que si Cervera hubiera vencido se hubiesen atribuido el vencimiento y habiendo ocurrido lo contrario cargan todo en la cuenta del noble almirante».

La realidad de la guerra naval hispano-norteamericana vino a probar de un modo tangible que el abandono de una política naval durante un largo período de paz, sólo puede ser compensado por otro largo tiempo de afanoso, asiduo y perseverante trabajo. De hecho, cuando los Estados Unidos declararon la guerra a España, su Marina estaba gracias a la indiferencia y negligencia de sus gobiernos (pocas veces se alzaban en su defensa, quizá la única razonable la de Maura), completamente abandonada y en absoluto preparada para los combates de una guerra desproporcionada y desventajosa desde su principio. Aquel desastre fue por tanto fruto de muchos años extraviados y de realidades marginadas que hicieron crisis en nuestra escuadra, pero no en el

temple y ánimo de sus hombres en el combate. Se atacó a los marinos achacándoles espíritu de cuerpo, cuando el espíritu de cuerpo es espíritu de honor mal comprendido por quienes lo desconocen. Se atacó al almirante a quien se le imponía como exigencia perentoria e injusta el sacar el mayor partido del deficiente material de que disponía. Es el «Supla V. E. con su celo». La socorrida frase vergonzante para esconder carencias elementales. Se le decía a don Pascual de Real Orden: «El Gobierno de S. M. lo espera, todo del celo, pericia y patriotismo de V. E. y del valor innegable de cuantos han de secundar y obedecer sus acertadas órdenes». ¿No tenían estas frases un mucho de brindis al sol? Era muy fácil fiar a la pericia, al celo, al patriotismo, al honor en suma como integración de todos estos componentes el resultado de un enfrentamiento con todas las desventajas de una situación de notoria inferioridad. Luego, ya se sabe, surgieron los estrategas de café (aún siguen surgiendo) los técnicos de salón, que pusieron sobre la mesa nuevos conceptos de la estrategia y la táctica, exponiendo y criticando con desconocimiento y mala fe las empleadas. Y es que aquel año de 1898 se fustigó a España como un latigazo que duele y paraliza de momento, pero que luego sigue con la inercia de la indiferencia porque en muchos españoles se advertía una ineptitud espiritual para sentir el mar, lo que a veces, entre esa incomprensión y esa desidia obligaba a los marinos a vivir de un lado distinto al resto de sus compatriotas.

El honor de la Armada en la crisis del 98 ha quedado, creo yo, bien alto. Pese a los derrotistas o a los intransigentes. Permítaseme pues terminar, en respetuoso desagravio con un párrafo de un antiguo libro mío sobre la vida y la obra del almirante Cervera:

«El 3 de julio de 1898—efemérides imborrable en la emoción de los españoles—amaneció cubierto de una espesa neblina que más tarde fue levantando. Era como el saludo entristecido de aquella mañana que tanto habría de pesar en el corazón de España. Los buques esperaban la señal de partir con las calderas encendidas, la artillería cargada, los torpedos repartidos y las anclas listas. Se había servido a las dotaciones un rancho extraordinario (para cuántos habría de ser el último) y se había implorado previamente la protección del Señor de las batallas en el sacrificio de la misa celebrada capitana con emocionada solemnidad».

A las nueve y treinta y cinco minutos el almirante mandó izar la bandera de «levar» y tras un sonoro y vibrante ¡Viva España!, contestado con enorme entusiasmo por todas las dotaciones y por las tropas del ejército emplazadas en las altas orillas que forman la bahía de Santiago. Desplegada y al viento la bandera de combate pasó el *Infanta María Teresa* a toda máquina por delante de los demás cruceros que por última vez hicieron los honores de ordenanza a la insignia capitana cubriendo pasamanos y con los vivas de rigor compactos y entusiastas. Flotaba alta, muy alta, la bandera al viento y fuera de la *Teresa* del canal, y ante la presencia de los barcos enemigos, aún no repuestos de la sorpresa de la inesperada salida, don Víctor Concas, cuadrado y respetuoso, pero con toda la emoción histórica del momento solicitó del

almirante la venía para romper el fuego, y sonó la corneta de órdenes con el vibrante clarínazo del zafarrancho de combate, repetido por todas las baterías y coreado por el murmullo de las dotaciones ansiosas de batirse hasta vencer o morir por aquella bandera que airosa y gallarda veían flamear al viento.

«Mis cornetas –dice el capitán de navío Concas– dieron el último eco de aquéllos que la Historia cuenta que sonaron en la toma de Granada. ¡Era la señal de que terminaba para España la historia de cuatro siglos de grandeza! ¡Pobre España! –le dije entonces a mi almirante, a mi querido y noble almirante–, y éste me contestó significativamente con la cabeza como diciendo que había hecho cuanto era posible por evitarlo y que marchaba al sacrificio, al duro y noble cumplimiento del deber, tranquilo el ánimo y limpia su conciencia».

El telón de fondo, el triste telón de fondo caía inevitablemente sobre las bambalinas del fin de siglo. Parafraseando aquel pensamiento de Francisco I de Francia, «todo se había perdido menos el honor».